

## La coquetería\*

Esta palabra, como la mayor parte de las empleadas en el lenguaje de los pueblos civilizados, no tiene un significado estricto, y es susceptible de muchas interpretaciones. Decir que la coquetería no es más que el deseo de agradar es dar una idea falsa, porque el deseo de agradar es un sentimiento natural que nace de la necesidad de vivir en sociedad, y que inspira el rendimiento, la indulgencia, los respetos, la urbanidad, todas las virtudes y todas las cualidades que los hombres desean encontrar en sus semejantes. La coquetería no sabría crear este sentimiento, pues que ella no corrige ni perfecciona el carácter; es únicamente el deseo de inspirar amor sin sentirlo. Tal es su definición más común, y en hablando de las mujeres, la expresión *coquetería* les está especialmente consagrada, aunque muchos hombres desean ser amados sin corresponder. Nosotros no examinaremos, pues, la *coquetería* sino con relación a la mitad del género humano, y le daremos por única base la vanidad, la falta de juicio, la insensibilidad y la locura. Una mujer comienza por desear ser hermosa, bien pronto quiere que se lo digan; poco después aspira a una preferencia exclusiva, enseguida le son insuficientes los rendimientos, y es necesario halagarle estas pasiones; ninguna pena le causa el porvenir; los celos y el odio a las personas de su sexo la entregan en poder de su

---

\*  
213.

\* “La coquetería”, trad. por J. A., *El Recreo de las Familias* (15 de enero de 1838): 211 -

amante: entonces es cuando ella solamente sabe lo que es la coquetería: hasta allí la había confundido con la ligereza, la inclinación a los placeres del mundo, el buen humor de su edad, a la debilidad natural de su sexo... Ahora ya no abusa, pero tampoco desiste: habla de amor, habla de amantes, y el primero no ha sido más que el multiplicador. Algunos poetas han aconsejado la coquetería, algunos filósofos la han excusado, pero acompañando a esta palabra un comentario que pone la coquetería en el número de casi todos los ardides del hombre, de donde es tan fácil sacar así el bien como el mal; de esta manera la prudencia provendrá del temor y la desconfianza, la economía de la avaricia, la dulzura de la debilidad, de la generosidad, de la imprevisión o de la obstinación: no hay vicios ni virtudes que no puedan producir un efecto contrario al que debieran. Si se considera la coquetería no como una inclinación natural sino como un arte, el objeto que se proponga o los medios que emplee harán juzgar si es inocente o culpable. ¿Quién condenará la destreza que se usa para cautivar a un marido? ¿Quién ha de declamar contra la perseverancia, contra los cuidados destinados a ganar todos los corazones por la obligación, la igualdad de humor y los talentos útiles a la sociedad?... Pero cuando es necesario, al servirse de una palabra, seguirla de una infinidad que la modifican, no hay duda de que ella no es la propia para manifestar el pensamiento; y cualquier colorido que se le dé, la coquetería jamás será comprendida

en el número de las virtudes que las mujeres deben practicar. Vanamente diremos que una *coqueta*, contenta con querer ser poseída, nunca se entrega; su pudor, su inocencia, serán justamente puestas en duda, porque el pensamiento del mal basta para alarmar al uno y a la otra... Por otra parte, ¿la experiencia enseña que las coquetas son castas? ¿no nos dice lo contrario todos los días? ¿Hay necesidad del amor para no cuidarse de la estimación de los hombres? ¿Contamos muchas, muchas mujeres perdidas por un amante? ¡Singular prueba de continencia es aquella que consiste en dar a los hombres el deseo de descarriarse, y hacerles sospechar que se les falta! La imaginación llena de escenas amorosas, el oído atento a sus discursos, las miradas, la posición calculada para inspirarlo, ¿serán preservativos contra las faltas que él hace cometer? Y provocarlo en otro, ¿sería un medio de defenderse de sus errores? Esto sería extraordinario, y aquello no lo es. No se desagrada a las coquetas sino negándoles la honradez, porque ellas no pretenden entonces esta cualidad y ponen más cuidado en negar la existencia de ella que artificio en persuadir que la profesan. El primero que comparó a la *coqueta* con el *conquistador* fue un hombre sensato: ambos van por un camino, los dos colocan su bienestar en el desorden, en los males de otro, no examinan ni la naturaleza de los obstáculos que se les oponen ni la de los sucesos que se prometen. Ambos quieren abusar a su vez de los medios que emplean para lograr el fin deseado. El

conquistador es más sensato porque espera lograr alguna vez descanso, y siéndole conocida la extensión del globo terrestre, limita sus empresas según las proporciones de la Tierra, y muere ordinariamente antes de haber assolado una octava parte. La coqueta no se limita, las generaciones se renuevan, su espíritu las enloquece, y si dependiese de ella la trompeta que las reunirá en el valle de Josafat, tocaría contra las resucitadas que habían existido antes de ella. La coqueta no se detiene ni por las lágrimas de una madre ni por la cólera de un esposo, ni por la deshonra de un hijo ni por la indignación y menosprecio del mundo. Lo que se llama comúnmente vergüenza y deshonra, se presenta a sus ojos como un trofeo; ella se fastidia de la vida sedentaria, del trabajo de manos, del silencio, de la economía, de la quietud de los campos, de los cuidados de la familia: aparta su vista de las enfermedades y de la vejez; la mentira, la calumnia le son familiares, y reúne la indiscreción, la astucia y la perfidia, presentando a los ojos de la religión, de la moral y de la humanidad al ser mas monstruoso y más deplorable a la vez; porque no se puede confundir la mujer a quien la fuerza de una enfermedad ha irritado los sentidos, con aquella a quien consume la pasión, con aquella que colocándose en el rango de los brutos, se vende como ellos... La coqueta no tiene sentidos, no tiene pasiones, y se cree inapreciable: el envilecimiento y la miseria acompañan a menudo sus últimos momentos, y es rara la que muere resignada. Tal es la ruta

funesta en donde la ligereza y el gusto de las alabanzas frívolas arrastran a una joven, y que el orgullo, la envidia y una ceguedad inexplicable la hacen enseguida recorrer. Este nombre de *coqueta* no es empleado sino en las altas clases de la sociedad; las otras, que designan a un hombre indecente con el epíteto de *pícaro*, no han pensado en crear otra expresión cuando se trata de una mujer indecente. Bajo esta relación, la delicadeza social ha sido dañosa, y cuando la irreflexión ha hecho dar al gusto por adornos el nombre de coquetería, el mal se ha agravado, porque no ha sido posible oír sin horror la acusación de *coquetería*. -Una de las más bellas definiciones de la coquetería ha sido hecha por Fielding en *José Andrews*, y el retrato más verdadero de una coquera fue trazado por Madame Genlis en los *Caballeros del Cisne: Armofleda* excita la indignación de muchas mujeres que invocan la inmortalidad, como si fuese posible presentar el mal bajo las apariencias del bien; pero la verdad no podría mostrarse cerca del primero sin excitar la cólera, y jamás se podría hacer agradable sin disfraz. Parece que la coquetería en su principio no presenta a la vista todo lo que este vicio tiene de grosero y odioso para preservar de ella a las jóvenes, y mostrarlas desde entonces tal como llegarán a ser indudablemente. Es necesario que su conducto sea inquieta, chismosa, engañadora, pérfida, insaciable, simulada, llorando lo pasado, descontenta de lo presente, temiendo el porvenir, porque ella ha turbado la inocencia de los juegos de la

juventud, robado a la edad madura la satisfacción que experimenta cuando cumple con sus deberes, y privado a veces del respeto que endulza los males de sus últimos días. Una mujer modesta, sincera, sensible y laboriosa, no será jamás *coqueta*. La *coquetería* es incompatible con la virtud.

T. por J. A.